

Xavier Zubiri

Por Rafael Gutiérrez Girardot

En el panorama del actual pensamiento filosófico español, ninguna figura goza de más merecida fama y de más hondo respeto que la de Xavier Zubiri. Pese a la escasísima publicidad de su pensamiento, éste ha influido muy notoriamente en la vida intelectual española. No es difícil reconocer su huella en los ensayos de Pedro Laín Entralgo, en los cursos y lecciones que sobre sociología ha dictado Francisco Javier Conde, en la manera de abordar y desplegar la problemática filosófico-jurídica de Enrique Gómez Arboleya, en el pensamiento médico de Juan Rof Carballo, en fin, en tantos intelectuales que han estudiado su libro **Naturaleza, Historia, Dios**, (Ed. Nacional, 2ª ed. inmodificada, Madrid, 1951) y que puntualmente asisten a sus cursos. Y hay ya no pocos conceptos zubirianos que han pasado a la lengua común y de la literatura de ensayo y al vocabulario filosófico. Con todo, fuera de España Zubiri significa aún una esperanza, muy respetada, pero cuya admiración está rodeada de la curiosidad que despierta un acontecimiento muy grande. Se justifica esta actitud, sólo si se tiene en cuenta que cuanto ha traspasado las fronteras españolas, y digamos que un poco también las madrileñas, ha sido el citado libro, en el que según el mismo Zubiri, las actitudes y pensamientos filosóficos allí insinuados, han sido desarrollados con más plenitud, y situados en un contexto más extenso y preciso. Por propia experiencia, bien puede afirmarse que **Naturaleza, Historia, Dios** se hace totalmente comprensible, y cobra su verdadero sentido en la totalidad del pensamiento zubiriano, cuando se han escuchado algunos de los cursos que el gran filósofo español viene dictando desde hace ya seis años.

Xavier Zubiri comenzó dictando sus cursos en un saloncito de la Unión y el Fénix español, ante un número reducido de oyentes. Pero al comenzar el curso de 1951-1952 había aumentado, y hubo de trasladarse a una muy amplia aula de la Cámara de Comercio de Madrid, en todo el centro de la ciudad. Fiel y puntualmente asisten a este curso que se realiza todos los jueves de ocho y media a diez de la noche, cerca de doscientos oyentes,

entre los cuales se cuentan médicos, químicos, farmacéuticos, matemáticos, abogados, poetas y escritores, aparte de los que se dedican con rigor a la filosofía. Cada lección es una renovada siembra de problemas y sugerencias, y un espectáculo inigualable para la inteligencia. Quien haya escuchado a Zubiri por vez primera no puede menos de sorprenderse por la forma externa como expone su pensamiento. De ademanes nerviosos y mirada profunda, su presencia en el estrado es como la inauguración de la filosofía y del saber. En el curso de la lección, va desplegándose un mundo nuevo y clarísimo. Nada falta ni sobra en sus frases, y la rapidez con que habla no es obstáculo para que el oyente pueda seguir el riguroso orden de la lección. Subraya con firmeza y critica con objetividad, desde dentro del pensamiento de los autores que para dialogar con ellos trae a cuento. Este primer contacto —el más superficial, sin duda,— con Zubiri, se renueva de modo excepcional en todas las lecciones. Pero en las posteriores a la primera, va descubriéndose otra dimensión de su modo de exponer. Porque el rigor y la extrema sobriedad —**sobria ebrietas spiritus**— en que sus frases van envueltas, son el reflejo del rigor y de la sobriedad con que Zubiri aborda los problemas y las cuestiones propuestas para el curso. Concluido éste, es muy posible que mucho de lo que en él se ha expuesto haya sido dejado de lado por el oyente. No porque sea desechable, pues desde ningún punto de vista hay pensamiento de Zubiri que no sea digno de tener en mente. De Alfred North Whitehead escribía Félix Frankfurter: “Yo quisiera tratar de describir la naturaleza del fermento dejado por un pensador cuyas reflexiones filosóficas van mucho más allá de la capacidad de aquellos a quienes toca”. (New York Times, I, 8, 1948). En punto a Zubiri, la frase de Frankfurter apunta a una gran verdad. No todos están en capacidad de seguir su discurso y de alcanzar los diversos conocimientos que en las lecciones despliega Zubiri. Pero, desde luego, el oyente habrá podido aprender la manera de acercarse a las cosas y de tratarlas con el respeto y amor que ellas requieren. Ellas, la realidad, la filosofía, han perdido el trato respetuoso, sufriendo, en cambio, la audacia y la irresponsabilidad, por un lado, y la aniquilación del cientifismo, por otro. Zubiri va contra una y otra: contra la irresponsabilidad y la especulación sin fundamento real, y contra las pretensiones desorbitadas de la ciencia positiva. Pero no menosprecia la justa función intelectual de la especulación y de la ciencia positiva. Las pone en su sitio y las equilibra, dentro de una estructura armónica del pensar.

En el prólogo a su libro **Naturaleza, Historia, Dios**, cita Zubiri una frase de Aristóteles, que dice: “La amistad es lo más necesario de la vida”. Amor y respeto a las cosas, o sea, amistad franca y abierta con ellas es una de las lecciones que el filósofo español siembra de raíz en el oyente. Pedro Laín Entralgo, escribió en la nota preliminar al **Homenaje a Xavier Zubiri** que recientemente ha editado la revista **Alcalá** (Madrid, 1953), cómo Xavier Zubiri ha enseñado esta amistad a las cosas y a los hombres, buscando implacablemente la verdad en aquellas y haciendo vivir en y desde la verdad a estos.

En el curso sobre **Cuerpo y alma** (1950-1951), uno de los que mayor influjo ha tenido, se muestra la fidelidad a esta actitud ante las cosas, ante los problemas y ante la realidad. Decía entonces: “No es posible comenzar

a hablar del ser del hombre con una especulación sobre la esencia y la existencia". Esto es, no es posible acercarse a un problema, a una realidad, sin tener en cuenta su condición de realidad. Por esto prefirió, en ese mismo curso, antes que preocuparse por la realidad en cuanto tal, ocuparse, en filosofía segunda y en acto segundo, de la forma de realidad que el hombre es lo que lo caracteriza como realidad y de la manifestación de esta característica en los actos concretos de su vida. En este sentido originario, el problema del hombre, antes que una dilucidación de cuestiones como la de la esencia y la existencia, reclama aquellos saberes que son saberes del hombre. La ciencia positiva es un instrumento imprescindible en el esclarecimiento de estos problemas. Si de **cuerpo** se trata, las cuestiones propias son las concernientes a éste. Esto quiere también decir que el campo de la filosofía se extiende y enriquece considerablemente. Y puestos a tratar de filosofar, a pensar filosóficamente o a aprender a poner en marcha este pensar por cuenta propia, teniendo en cuenta el campo enorme que se abre, perfilado por Zubiri con claridad y precisión, no puede menos de pensarse que junto con el amor y la amistad, hay que ir armado, para llegar a las cosas, de un sentimiento de humildad. La especulación pretenciosa no nos dará jamás, la "bien redonda Verdad", como la llama Parménides.

Junto con rigor intelectual, el amor por las cosas y el sentimiento de humildad ante la realidad problematizada, Zubiri da a sus oyentes una lección más, aparte de las muchas que dejamos de mencionar. José Gaos ha dicho de Zubiri que no es discípulo "de nadie en ninguna aceptación del término". Y esta independencia intelectual, la trasmite Zubiri a sus discípulos, quienes sólo lo serían por el encaminamiento al filosofar que el Maestro enseñó: la entrada a la filosofía por el camino real. El amor a las cosas que Zubiri ha infundido hace que quien pretenda filosofar vaya directamente a ellas, y, por sí mismo, busque en ellas la verdad. Zubiri no enseña filosofía, ni a filosofar; pone, simplemente, a filosofar. En el prólogo a la **Historia de la filosofía** de Julian Marias, lo dice: "...aunque no sea exacto lo que decía Kant: "No se aprende filosofía, solo se aprende a filosofar", resulta absolutamente cierto que **sólo se aprende filosofía poniéndose a filosofar**". En esto Zubiri hace que sus oyentes traten de hacerse ellos mismos —él ha dicho que el hombre es actor de su vida— y de que por sí solos se pongan a filosofar.

Se ha difundido la cómoda clasificación de Zubiri como "existencialista cristiano", pensando tal vez en su estudio sobre el problema de Dios. y fijando la atención en la afirmación de la **existencia**, religada, como superación de un pretendido ateísmo de Heidegger. La verdad es que Heidegger no es ateo, ni Zubiri existencialista de ninguna especie. El pensamiento de Zubiri se está haciendo en diálogo con Heidegger, pero independientemente de él. Como también entra en este diálogo la ciencia positiva, sin que pueda decirse que en justicia es cientifista o positivista. Zubiri es... Zubiri, y nadie más. Whitehead apuntaba que "hay algunas actitudes fundamentales, cuyos adherentes de todos los sistemas variantes dentro de una época se presuponen inconscientemente. Tales actitudes aparecen tan obvias que las gentes no saben lo que ellas asumen, porque no se les ocurre otro modo de poner las cosas. Con estas actitudes un cierto número limitado de tipos de sistemas filosóficos es posible, y este grupo de

sistemas constituye la filosofía de una época". (Science and the modern World, Chap. III, Mentor Book, New York, 1952). El existencialismo que en Zubiri se ha visto puede ser una de estas actitudes fundamentales de una época, y desde luego, lo es. Pero no puede concluirse de ahí que esta actitud fundamental, común a muchos de los mejores, permita un agrupamiento general de sus modos de pensar y de su pensamiento bajo el rótulo común de existencialismo.

Zubiri tiene cerca de catorce mil páginas inéditas. Su publicación constituiría el mayor acontecimiento de la filosofía en nuestro tiempo. Sin embargo, una rígida honradez intelectual, llevada al extremo, le impide hacerlo. La autocrítica que ejerce es tan rigurosa, que sólo cuando considere acertada la formulación de su pensamiento dejará conocer en letra de imprenta algunas de sus páginas. Se halla en una madurez, que viene desde su época de estudiante en la Facultad de Filosofía.

Para el lector que quiera conocer con algún detalle ideas de Zubiri expuestas en cursos, le remitimos a las siguientes obras: Juan Rof Carballo: El hombre a prueba. Ed. Paz Montalvo, Madrid, 1951; El mismo: Cerebro interno y mundo emocional, Ed. Labor, Barcelona, 1953; Varios: Homenaje a Xavier Zubiri, Revista Alcalá, Madrid, Julio de 1953.

